

MADRID CHISMOSO

Director literario:

Director propietario:

Director artistico:

RICARDO MONASTERIO.

ENRIQUE GALLARDO.

RAMON GILLA.

NUESTRAS ACTRICES:
BALBINA VALVERDE.

21 ENE 1998



Lit. de L. Bravo. Desengañio, 14 y Carbon. 7.

Es la Valverde reina del escenario; tiene talento y gracia como ninguna. Tanto llena la escena, que una fortuna tiene siempre en Balbina todo empresario.

SUMARIO.—*Texta*: Chismes de vecindad, por Escorial.—Fábula, por José López Silva.—¡Qué calor! por Ricardo Monasterio.—El primo de América, por Luis Taboada.—Un compromiso, por Fiacro Yrayoz.—Declaración tipográfica, por Javier Soravilla.—Teatros, por Junquillo.—Serenata, por Miguel de Palacios.—Epigramas, por Manuel Gabarón.—Chismografía.—Intimidades telefónicas.
Grabados: Balbina Valverde.—De verano (conclusión).—Frases, por Cilla.



—¡Qué calor hace!

—¡Esto no se puede sufrir!

—He aquí el tema sobre que han versado durante los últimos días todas las conversaciones.

La nota de la semana (si la tiene) hay que buscarla en la clave de sol; pero nadie se expone a dar con ella por temor a una insolación. ¡Está que arde el pentágrama!

El verano se anuncia rico y abundoso en impertinencias, *chinchorrerías* y *picantes* productos.

Todos los bichitos chupópteros se están dando, a costa nuestra, cada banquete que canta el credo.

A doña Camila, una señora que, aunque de enjuta faz, es, según ella dice, de la calidad del tordo, la tienen aquellos sofocada de tantos chupetones.

La otra noche me contaba, después de haberme pedido veinte veces permiso para rascarse, que ha visto en sueños pulgas con pajitas en la boca, caminito de su cuerpo.

—¡Qué verano este!—me decía—¡No puede usted figurarse cómo tengo el cuerpo!

—Caramba, señora.

—Mire V. por gusto—añadió, descorriendo un tanto la bata y mostrándome un poco el hombro derecho—que yo vi por gusto, nada más.

—¿Y qué es esto?

—¡Granos!

—¡Qué atrocidad!

—¡Oh! Pues eso no es nada.

—Enseñeme V., señora, enseñeme usted.

—Ah, no puede ser. Si me viera V. por otras partes, se iba V. a asustar.

—No lo crea V., doña Camila, ni mucho menos. A mí no me asustan esos granos.

—Pues mire V., en salva sea la parte (y apunta-ba a un punto bajo y retrasado de su cuerpo) tengo uno así.

—¡Caramba! ¿Y a qué lo atribuye V.?

—Pues a la picara estación.

—¿De las Delicias?

—Del estío. Con este calor sale esto y mucho más.

Lo cierto es que eso de ver subir y subir el termómetro a costa del honrado sudor de nuestra frente, es atroz.

Hemos llegado ya a los 38 grados, y dicen, sin embargo, los que de estas cosas entienden, que esto es pan y miel para lo que tenemos que ver, y nos tiene que calentar.

Para el caso de que estos fagones acierten en sus profecías, ya tengo mis determinaciones.

A mí el Sol no me revienta.

En cuanto pique un poquito más, publico un artículo subversivo para que lo denuncie el fiscal, y me pongan a *la sombra*.

Para pasar el verano en Madrid no debe haber nada como el *Abanico*. Allí, a lo menos, tendrá uno aire sin cesar.

Seguimos sin saber una palabra acerca del *bacillus*. De las discusiones del Ateneo entre ferranistas y antiferranistas resulta que nadie conoce al microzoario ese más que de oídas.

El animalillo debe ser muy vergonzoso, y no quiere manifestarse públicamente; y no será porque no le llaman a todas horas, y en todos los tonos, ni por falta de nombres: microbio, bacilus, bibrion, bacteria, ¡qué sé yo! la mar de apellidos, y él a todo esto se llama *andana*, y no se deja ver ni con microscopio.

Es un autor dramático que se ha anticipado a la innovación indicada por algunos en *La Correspondencia*. Da su nombre al cartel, pero no sale a escena.

Hablar, por lo tanto, de su fisonomía, gustos, vicios y costumbres, es hablar de la mar.

Confieso ingenuamente que yo, de tan laberíntica cuestión, no entiendo una palabra, lo cual no tiene nada de particular.

Soy médico.

ESCORIAL.

FÁBULA.

Una indecente mosca borriquera se posó en la barbilla de un hortera, y aquel mancebo estulto, queriendo castigar tamaño insulto, levantó airado el brazo y al insecto pegó un capirotazo.

Maltrecha y ofendida salió la débil mosca de aquella singular acometida, más dejando entrever su destemplanza, juró tomar venganza de ultraje tan patente,

y tras un breve rato de asechanza, dió frenéticamente sobre la faz rechoncha de aquel que, en su opinión, era un petate, y en fuerza de picar le hizo una roucha lo mismo que un tomate. (1)

Irritóse de nuevo el agredido (como cualquier mortal hubiera hecho al hallarse en un caso parecido),

y lleno de despecho lanzóse con ardor inusitado sobre el bicho malvado que huía en ráudo vuelo, y cuando, vengativo trataba de imponerle el correctivo á que se hizo acreedor por sus deslices, dió un trapiés formidable, y cayó al suelo, rompiéndose en un mueble las narices.

Quedóse con el golpe atolondrado, y en tanto que el cuitado derramaba la sangre á borbotones, y en tanto que vertía lagrimones tamaño como nueces, el miserable insecto mostrándose muy poco circunspecto, colocóse á zumbar guasonamente en las propias narices del paciente.

Comprendo que el ultraje fué tremendo, pero también comprendo que cuando aquella mosca borriquera se posó en la barbilla del hortera, sus razones tendría, y de seguro supo lo que hacía.

¡Oh, mancebos cerriles,
que estais expuestos á sorpresas tales!
¡no seais inciviles!
¡no seais animales!
y si evitar queréis el sentimiento
del mancebo del cuento,
al ver alguna mosca,
sea ó no borriquera,
dejadla que se pose donde quiera.

J. LÓPEZ SILVA.

(1) Ya sé que no hacen rouchas, tan abultadas las moscas, aunque se hallen muy disgustadas, pero empleo este símil tan discordante, por la pícara fuerza del consonante.



¡QUÉ CALOR!

Aunque no te importe un pito escuchas, querido Sol, lo que dice un español que en Madrid se encuentra frío. Tu calor es extraordinario, y tiránico lo encuentro. Yo ya sé que eres el centro del sistema planetario, que lleno de adoraciones vives en tu inmensa altura, admirando tu hermosura mundos y constelaciones. Que haciéndote moriscuetas están todas por ahí, y que alrededor de ti giran todos los planetas. Que no hay quien calor no pida a tu fogoso esplendor, pues se que sin el calor es imposible la vida.

Pero Sol, ¡por Dios eterno oye mis lamentaciones! Tus bellezas y tus dones nos gustan mucho en... invierno. Cuando vienes con el día, y das en alguna parte, todos vamos a *tomarte* con muchísima alegría. Pero cuando nos calentamos a todo el género humano, como haces este verano, francamente, nos revientas. Me encanta tu refugio, y me encanta tu hermosura; pero esta temperatura, no la puedo resistir. Calma un poco tu ignición, no tengas tan mala idea. ¡Quita de la chimenea un poquito de carbon! Amengua tu ardiente celo, y ten compasión del mundo; mira, Febo rubicundo, que ya nos va a arder el pelo. Como tu furia no acaba, y no cesen tus extralocs, quizá aquí nos inflamemos, y esto puede ser muy grave.

Te aseguro muy formal, que tanta temperatura, nos abrasa la figura y es, sobre todo, tumoral. La menor roja achicharra; lo cual a envidiar nos lleva, el traje de Adán y Eva (antes de la hoja de parra). Madrid es un purgatorio, y con fuego tan cruel, se nos atropella el torrente circulatorio. Las orgánicas funciones, con tal calor se complican, y con él se modifican todas las inclinaciones. Y si hace falta un testigo, de esta verdad evidente, aquí estoy, siendo un patente ejemplo de lo que digo.

Será una debilidad, pero, amigo Sol, ¿qué quieres? me han gustado las mujeres siempre una barbaridad. Lo cual, si recapacitas no tiene nada de extraño, pero sí, que todo el año, me han gustado las bonitas. Y ahora, para que tú veas si yo con razón me asusto, se va ensanchando mi gusto, y ya me gustan las feas. No hay una mujer aquí, tuerta, vieja ó jorobada, que aunque ella no me dé nada no tenga algo para mí.

Y como yo soy casado; con tan simpillá paládero, me voy a llegar a cometer un pecado. Aléjate a otro hemisferio. ¡Calienta menos mañana, que a mí no me da la gana cometer un adulterio! Si no emprendes a escursión, no tengas tan mala idea, ¡quita de la chimenea un poquito de carbon!

RICARDO MONASTERIO.

EL PRIMO DE AMÉRICA.

—Anda, Pura—decía D. Silvestre á su esposa, mientras sacudía el gaban con unos zorros —¡Despáchate!

—¡Ay! Eres el ahoga-vidas más grande que conozco. Me estás viendo echar los zorros, y todavía quieres que vaya más deprisa.

—El tren llega á las siete.... ¿Y Purita? ¿se ha vestido ya? ¡Purita! ¡Purita!

Purita (dentro). Me estoy poniendo rubia.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Mira tú si no podía salir hoy á la calle con su pelo natural.

—¡Pero, hombre! ¿Tiene algo de particular que quiera parecerle bien á tu primo?

—A saber si vendrá casado, y entonces maldito lo que han de importarle todos los pelos del mundo.

Don Silvestre, que acababa de ponerse el gaban, fué á sentarse encima de la cama de matrimonio. Después sacó del bolsillo un papel azul, y se puso á devorarlo con los ojos.

—¿Estás leyendo otra vez el telegrama? le preguntó doña Pura.

—Es que no salgo de mi asombro. ¿Quién me había de decir que Anselmo estuviese vivo? ¡Un hombre que anduvo entre antropófagos naturales más de dos años!

El telegrama que leía D. Silvestre era de su primo Anselmo, de quien no se había vuelto á saber desde que, abandonando su modesto destino de Loterías, había pasado á América en clase de explorador, hortera y aventurero.

Cuando D. Silvestre, su esposa y su tierna hija despachaban silenciosamente una cazuela de patatas guisadas, por vía de almuerzo, había llegado el ordenanza de telégrafos, diciendo:

—¿Vive aquí D. Silvestre Cuadradillo?

—Sí señor, contestó doña Pura.

—¡Gracias á Dios! Hace dos días que tengo este telegrama en mi poder, por faltarle las señas del destinatario.

—Venga—dijo D. Silvestre.

Y lo leyó con asombro. El telégrama decía:

«LISBOA 9.—Llegaré esa sabado. Desea abrazaros efusión vuestro primo, Anselmo.»

—¡Anselmo!—exclamó doña Pura.

—¡Mi primo!—replicó D. Silvestre.

—¡El tío!—gritó Purita.

Después, como era chica de mucho talento, pensó:

—¿Es primo de papá? ¿Viene de América? Pues entonces vamos á ser felices.

—¿Cómo?

—Será rico.

—Puede—murmuró filosóficamente el Sr. Cuadradillo.

Doña Pura confirmó las sospechas de su hija, añadiendo:

—Hace diez años supimos, por un joven uruguayo, que Anselmo tenía cien cabezas.

—¡Qué horror!—exclamó Purita. —¡Un hombre con cien cabezas!

—De buey, hija mía; de buey, replicó D. Silvestre para tranquilizarla.

—La verdad es que con la inesperada aparición de Anselmo, nos ha venido Dios á ver.... ¡Ay! ¡ojalá podamos levantar la cabeza!

—La levantaremos. Es muy buena persona.

—¿Y si se ha casado?

—¡Quiá! ¿Con quién quieres que se fuera á casar? ¿Con alguna india brava?

—Es que en Montevideo hay gente muy blanca y muy limpia.

—¡Qué ha de haberte!

Don Silvestre calló ante esta rotunda negativa de su retoño.

¡Qué desgraciada era la familia Cuadradillo! Más de una vez había dicho doña Pura á su esposo:

—¡Ay, Silvestre! Cuánto mejor sería que mi papá te hubiese dejado en el sitio el día que nos sorprendió metidos en la despensa, antes de casarnos!

—¡Ay, ojalá!—había contestado él.

—¡Con cuánta razón decía mamita, que en paz descansen, que nunca saldrías de pobre por tu escaso entendimiento!

Pero, con el telegrama de Anselmo, el horizonte matrimonial de los Cuadradillos se había despejado:

¡Un primo que viene de América!

¡Qué hermoso porvenir!

No eran aún las cinco de la mañana, cuando don Silvestre saltó del lecho y se puso á limpiarse las botas.

—Arriba, Pura—dijo á su mujer.

Pero ella, que desde chiquitita, había tenido siempre un sueño muy escandaloso, se revolvió en la cama como una foca, y por un movimiento involuntario golpeó con uno de sus pies el abultado abdomen de D. Silvestre murmurando:

—Lisboa.... india brava.... millones.... Anselmo.... Purita.... coches.... caballos.... Silvestre....

MADRID CHISMOSO. DE VERANEO.

(CONCLUSION)



¡Qué cómodos!



—Torrelodones, tres minutos!
—Vamos a estirar las piernas.
—Pero si son tres minutos!
—No importa, y a bajar los trastos.
—¿Para qué?
—Para que estiren las piernas.



—Que se va el tren.
—Que se vaya, tomaremos baños de mar... en Torrelodones.
—(La niña, siempre aparte) ¡Y Cándido, que irá a San Sebastian!



¡A fumigarse!



—¡Qué me ahogo!
—Siento náuseas!
—Caso sospechoso! ¡Cuarentena!



—Tien ustes que estar aquí encerrados hasta que yo disponga, sin comunicar nada a nadie.
—¿Y qué vamos a comer?
—Ustes verán
—¿Y dónde vamos a dormir?
—Onde ustes quieran.



Reconocimiento facultativo.



Patente limpia.



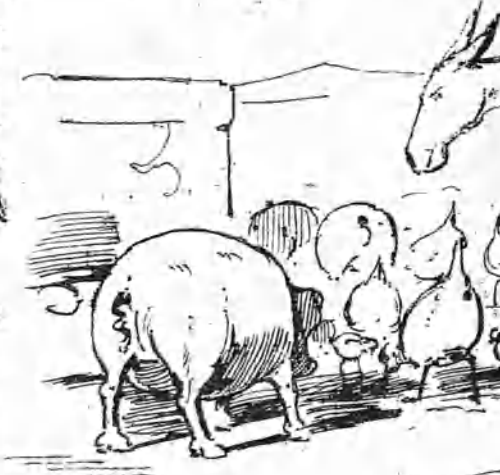
—¿Y cuánto?
—Treinta reales diarios todos los días por persona, con una alcoba y las camas con agua, por supuesto.
—¿Agua en la cama?
—No, señor; en el vino.



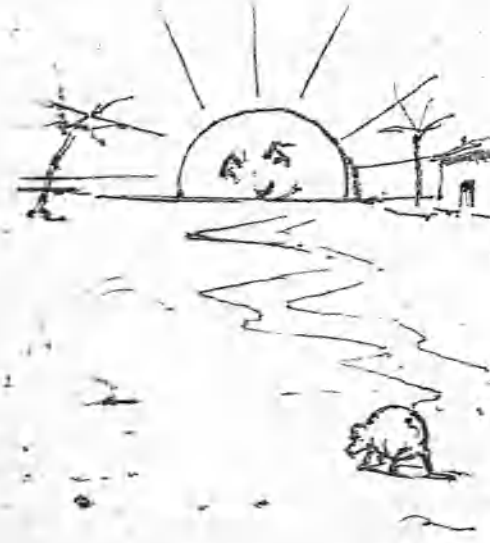
—¿Y es saludable este pueblo?
—¡Muchísimo! Aquí no hay ogaño más que viruelas, sarampion, garrotillo, tifus y termitentos.
—Pues no es mucho.



—Y ese niño, ¿qué tiene?
—Pus así me lo han puesto las pulgas.



La vecindad.



El viaje



Los baños.



A la niña no la prueban estas aguas. Debe tener hidropezia.
(La niña, más aparte que nunca) ¡Cándido, que no sabe nada de nada!
—Bien; pues nos iremos.
—¿A San Sebastian?



—Tres billetes de tercera a Madrid.



—¿Qué tal les ha ido a ustedes en San Sebastian?
—Divinamente. ¡Qué baños aquellos!
—Ya se conoce que a la niña le pro-



—¡Cielos! ¡Nos han robado!!!

Doña Pura soñaba con días de suprema felicidad; pero el tren llegaba á las siete, y era preciso bajar á la estación una hora antes; de manera que D. Silvestre cogió á su esposa por el flequillo, y empezó á sacudirla, á tiempo que penetraba Purita en la alcoba ligeramente cubierta con un tapete crochet.

La joven, que desde la llegada del telégrama vivía en un estado de sobreexcitación nerviosa, había oído rumores en la alcoba paterna, y se presentaba envuelta en lo primero que encontró á mano.

—¿Qué ocurre? ¿ha llegado el tío?—preguntó sobresaltada.

—Ocurre que vamos á llegar tarde á la estación —dijo D. Silvestre—y si esto llega á suceder, soy capaz de estrellaros á las dos contra cualquier parte.

Eran las seis y cuarto cuando penetraban en la estación de las Delicias todos los Cuadradillos existentes.

—¿A qué hora llega el tren de Lisboa?—preguntó don Silvestre á un empleado.

—A las siete.

—¿Se puede saber si viene en él un tal don Anselmo, que es primo mío?

El empleado se echó á reír, y D. Silvestre conoció entonces que la ansiedad natural le había hecho cometer una torpeza.

—Silvestre—dijo doña Pura.—A Anselmo le pondremos la cama en el gabinete.

—Me parece bien. Debe estar acostumbrado á las anchuras.

—Lo que siento es que no tenemos bastantes platos.

—Se comprarán. Ya verás cómo lo primero que hace es darme dinero. En cuanto vea lo precario de nuestra situación se va á asombrar. Me dejó siendo oficial tercero con diez mil reales y ahora me encuentra de cuarto con ocho mil.

—Y gracias á mi tío no te han dejado cesante cien veces. Siempre me decía mamá, que en paz descause: «Llevas por esposo un hombre de muy pocas luces naturales. Ya verás cómo no sales nunca de las patatas fritas.

—No; guisadas.

—Es lo mismo.... Yo no sé si Anselmo querrá que sigamos viviendo en aquel cuchitril.

—¿Qué ha de querer? En cuanto vea que la chica, para ponerse el corsé, tiene que salir á la escalera, porque en su alcoba no puede estirar los brazos, va á decir que nos mudemos inmediatamente.

—El tren! El tren!—dijo en aquel instante Purita.

—¡Silvestre!

—¡Anselmo!

—¡Pura!

—¡Vienes muy delgado!

—La vida de América nos envejece. ¿Con que esta es vuestra hija? ¡Qué guapa!

—Anda, dame el talon; vamos á recoger tu equipaje.

—¿Equipaje? No, no traigo equipaje.

—¿No? ¡Ab, vamos! ¿Lo habrás dejado en Lisboa?

—Tampoco.... Oye, Silvestre, antes que se me olvide: ¿Tienes ahí dos pesetas?

—Ya lo creo! Toma.

—Tengo que dárselas al conductor. Me las ha prestado para comer en el camino.

—¿Traes, acaso, en letras tu dinero?

—¿Mi dinero? ¡Si yo no traigo ninguno!

—(¡¡¡ !!!)

LUIS TABOADA.

UN COMPROMISO.

Dos novias á un tiempo tengo que son Soledad é Irene, y no sé cuál me conviene si á cuál de ellas le convengo.

Una es morena, preciosa, muy alegre, muy resuelta, tan graciosa y tan esbelta, que vale cualquiera cosa.

La otra es rubia, y además tiene una cara... y un pelo! y unos ojillos de cielo, que no sabe pedir más!

Como estoy en relaciones, en mis cartas amorosas les digo siempre unas cosas que parten los corazones.

Y ellas me suelen decir que me quieren mucho, y yo por más que deseo, no me he podido decidir.

Es forzoso que me atreva, porque esto ya no es formal, y nada, aún no sé cuál va á cargar con esta breva.

Según me ha dicho el portero, Soledad, desde el balcón, habla por las noches con el vecino del tercero.

Y como yo soy así, no me aflama esto el camino, á pesar de que al vecino le estará hablando de mí.

Le dirá que no la olvido, que es mío el amor entero, ¡y yo soy tan majadero, que ni aun así me decido!

Irene, por otro lado, cuando habla á un primo carnal, que es un muchacho oficial del ministerio de Estado,

le dice seguramente, pues el afán la devora, que me quiere y que me adora hasta la pared de enfrente.

¿Qué más se puede pedir, después de tales promesas? ¡Pues, hijo, yo, ni por esas me he podido decidir!

¿Y qué hago, vamos á ver?

¿Cómo encuentro la manera?... Yo, por mí, las dos quisiera, y las dos no puede ser.

¡Me adoran con frenesí, no hay duda, y son muy hermosas! ¿Cuándo digo que estas cosas solo me pasan á mí.

PIACRO YRÁTZOZ.

DECLARACION TIPOGRÁFICA.

Teodora, llegó la hora de que un tipo que te adora con amor *platon-trágico* te diga en estilo *mágico*:

—¡Yo te idolatro, Teodora!

Así es que resuelto estoy á confesar todo hoy, aunque luego me arrepienta, con que, chica, allá me voy con mi *materia de imprenta*.

No desdénese mi pasión, y hagamos una *edición*: permítame que en ello insista, mira que soy un *cajista* de la mejor *fundición*.

¿Que mi tipo no te agrada y mi carácter te enfada? Entra en *ajuste*, y apríeta tu amor con una *regleta*, y está la cosa arreglada.

Anda, chica, ¿á qué dudar?

Si nos casamos á escote, todo se puede arreglar en el amor, con *liver*:

donde convenga, un *bigote*.

Más no sé por qué esto digo, si pongo á Dios por testigo,

que estoy por tu amor demente, que soñé anoche contigo,

y soñé... que era *Higante*?

Mi razón no está completa, y anoche saltó á la vista,

que ha perdido la *chaveta* quien cuela un dedo á un *cajista* por ártar una *regleta*?

¿Y para alivio del mal no hice otra plancha en redondo de lo más fenomenal?

¡Pues no compuse en *versal* un *artículo de fondo*!

Tal *errata* al advertir me propuse *corregir*

por no hacer un *mal papel*,

y si quisiera conseguir de una *torta* hice un *pasel*.

Ve por tu amor cómo estoy, que estoy más loco que cuerdo,

y si no me atiendes hoy, seguramente me voy á *corregir* con Baquero.

¿Que no se pierde una *alijaja* dice, porque estoy en *baja*?

Chicas esas son *nimiedades*, pues yo *ajusto* cantidades...

de las que tengo en mi *caja*.

Soy, pues, una *proporción* por esta sola razón,

y tengo otros atractivos: que amo con el corazón

y con... *puntos suspensivos*.

Pienso el asunto en *confianza* y no me *prentes* con bromas,

¿No es comer, chica, el asunto?

Pues lo que en ese *punto* no ha de faltar de que comas.

Con que si estás animada á hacer una *obra ilustrada*,

á dos *linias*, con *grabados*,

después que estemos casados vamos á hacer *la tirada*.

¿Que sí? Pues á *componer*,

á *corregir*, á *ajustar*,

á *la platina* á *imponer*...

y ya no queda que hacer otra cosa que *lirar*.

JAVIER SOBREVILLA.

TEATROS.

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—Con el tiempo maduran las uvas, dice un refrán. Y esto puede aplicarse muy bien á este ameno sitio, en donde, si bien es cierto que no hay uvas ni cosa parecida, que yo sepa, hay una *Union Artístico-Musical* que vale un mundo; buena prueba los dos últimos conciertos celebrados, que han sido lucidos y brillantes.

El jardín estaba llenito con lo más escogido de la gente que no se vá de *veraneo*. Espino estuvo hecho un barban con su batuta, y el público hizo repetir el primer día la *Serenata Napolitana*, que es de mucho gusto, y tras veces el célebre *Piscicato*.

En el concierto del martes gustaron muchísimo los bailarines de *Baldassarre*.

Resumen: Entrada un lleno,

el concierto muy divino,

el cielo siempre sereno,

y dirigiendo, muy bueno,

C. Espino.

FELIPE.—*A turno impar* es el título de una zarzuela estrenada últimamente en ese teatro con música de los reputados maestros Espino y Rubio, en la que estos han demostrado que saben a la perfección llenar con mucha originalidad y exquisito gusto las líneas del pentágono.

El libro, no escaso de chistes y bellezas, es de Navarro Gonzalvo, que sabe hacer cosas bastante mejor que este libro. La obra gustó mucho, y dará muchas y buenas entradas.

HIPÓDROMO DE VERANO.—De este afortunado Circo diremos que

Hasta fines de este mes, seguirá Mr. *Unihan* como siempre, tan barbian, trabajando con los pies.

Oriunda del Canadá hay allí una Mis *Zenobia* que a todos causa y agobia con los chillidos que da.

Que es el pasmo de las gentes un *Hércules* coloral que sostuvo con los dientes en Rusia una catedral.

Y, en fin, que, según se dice con muchísima razón, le causan mucha impresión estas corillitas a Price.

JUNQUILLO.

SERENATA

¡Luz de mi vida!
linda Rupertal
la de ojos negros
como el carbón:
Oye mi trova,
sal a la puerta,
y si no quieres,
sal al balcón.

Aquí me tienes
de pie derecho,
nuevas canciones
te cantaré:
Mas si no sales,
ten por un hecho,
que al fin y al cabo
me sentaré.

Por ti murieron,
mi alma de pena,
se va causando
de tanto amar:
Y yo aquí sufro
la cuarentena,
y algún microbio
voy a pescar.

Por ti, tu madre,
que es una arpía,
con agua sucia
me bautizó:
Por ti tu padre,
el otro día,
de un garrotazo
me dividió.

Mas calló y sufro
y aquí muy quieto
siempre, Rupertal,
tú me tendrás:
Sal a la r-ja,
soy buen s-jote,
si nos casamos
ya lo verás.

Fresca es la noche
(contando sigos)
fréte a tu puerta
yo moriré:
Ya que no salgas,
echa un abrigo....
(que yo enseguida
lo empearé).

MIGUEL DE PALACIOS.

EPÍGRAMAS.

La bellísima Asunción
huye de su primo Abella,
pues dice, que es tan guason
que no para el picaron
hasta quedarse con ella.

Hablando de sociedad
dijo una hermosa jamona:
—A mí nunca me ha gustado
eso de guardar las formas.»

Si pega Alonso a su esposa
lo hace siempre en la cabeza;
y ella dice:—«En ese sitio
llevarás la penitencia.»

MANUEL GABARRON.



Hablando *La Correspondencia* del banquete dado el domingo en los Jardines del Buen Retiro—en obsequio de Labra—el eterno motor de la palabra—dice:

«Se pronunciaron dos únicos brindis, que fueron lo mejor del banquete.»

¡Válgame Jesucristo! ¡Cómo sería la comida!!

El lunes telegrafió el Sr. Lacasa al Sr. Corbalán, diciendo:

«Rascafría perfectamente.»

Pues claro que hoy Rascafría
estará perfectamente;
otra cosa ya sería
si fuera Rascacaliente.

Y dice la de todas las noches:

«Los carlistas íntegros han agradecido mucho a los amigos de nuestro apreciable colega *La Fé* las frases que han tributado a la memoria del Sr. Necedal y a *El Cabecilla*, que no se publicará el último número en demostración de duelo.»

Pero, hombre de Dios (hablo con el autor del suelto), si el último número no tiene más remedio que publicarse! Como que es el último que se ha publicado.

¿Es que quiere V. decir que dejará de publicarse el número siguiente al último publicado? ¿Pues por qué no lo dice V.?

O es, por el contrario, que quiere V. decir que *El Cabecilla* va a ser eterno, y no publicará jamás el último número?

¡Eso quisiera él!

Ha sido nombrado fiscal del Tribunal de Cuentas el Sr. Arenillas.

Aplando de todas veras
esta elección, persuadido
de que ya les ha caído
quéhacer a las salvaderas.

De aquello del *Viaje alrededor del mundo* escuso decir a ustedes que estamos lo mismo.

La Correspondencia sigue, no obstante, publicándolo, como diciendo:

«¡Toma tripita!»

Pero no se apuren VV. ¡Yo soy más pesado que *La Correspondencia*.



INTIMIDADES TELEFÓNICAS.

Sr. Punto.—Madrid.—Es V. un punto fuerte; no precisamente por los piropos, sino a pesar de los piropos (habrá V. notado que somos muy modestos). Gracias por lo de los *Chismos*. Aseguro a usted, de todos modos, que la carta está muy bien escrita. Debe usted remitirnos algo publicable, y sobre todo, darse a conocer, para que podamos darle un apretón de manos.

Sr. D. A. G. y L.—Madrid.—No es publicable, ¡ni muchísimo menos!

Sr. D. L. M.—Efectivamente, eso es mejor que lo de *Perulo*, y sería publicable a no ser tan largo.

Sr. D. F. S. y S.—Madrid.—*Sus vecinitas* son muy sosas. Que conste que me refiero a la composición. En cuanto a las vecinitas naturales (muy señoras mías y dueñas), póngame usted a sus pies.

Sr. D. J. M. A. y B.—Está bien hecha, pero no tiene punta.
Sr. D. L. G.—Madrid.—¡Válgame Dios, qué epigramas! Y antes que se me olvide. ¡Usted cree, de buena fe, que Cenota y Cenota son consonantes? Pues yo también, y de los mejores.

Sr. D. C. B. y P.—*Las patillas al uso* no nos gustan. Es asunto que tiene muchos pelos.

Sr. D. A. C.—Madrid.—Puede V. mandar otra cosa. ¡Eso es tan ancianito!

Sr. D. A. R.—Madrid.—Publicaremos *Los hambrecillos*.

FRASES



Ahi están, pasando el rato,
y haciéndose un paralelo,
un hombre de poco pelo
y un hombre de mucho olfato.

ANUNCIOS.

MADRID CHISMOSO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO.

SE PUBLICA LOS JUEVES.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

calle de Atocha, núm. 98, piso 4.º derecha.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Ptas. Cs.		Ptas. Cs.	
Un mes.	0'75	Trimestre.	2'50
Trimestre.	2'00	Semestre.	4'00
Semestre.	3'50	Año.	8'00
Año.	6'00	Extranjero y Ultra- mar: año.	14'00

-(PRECIOS DE VENTA)-

Número suelto: 10 céntimos. — Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores 5 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se servirá ninguna si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones.

Toda la correspondencia se dirigirá al Director Propietario.

Anuncios á 15 céntimos línea.

Despacho: de cinco á siete.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE

FRANCISCO NOZAL

Calle de Jesús, núm. 3.

Se hacen periódicos políticos, científicos, literarios é ilustrados.

Obras de todas clases.

Estados, facturas, membretes, tarjetas, esquelas de funeral, prospectos, carteles de todos tamaños, y todo trabajo de imprenta para dentro y fuera de Madrid; con prontitud, y á precios económicos.

BODEGA

DE

MANUEL MISA.

JEREZ DE LA FRONTERA.

Especialidad en vinos de todas clases.

Unicos representantes en Madrid:

ESTRADA HERMANOS

BARQUILLO, 8, TRIPLICADO, ENTRESUELO DERECHA.